



«¿Quién es éste que manda aun al viento y al agua y obedecen?» (Lc. VIII, 25).

durmiendo en la popa, sobre un cabezal. Despiértanle, pues, y le dicen: Maestro, ¿no se te da nada de que perezcamos? Sálvanos, que perecemos. Y El, levantándose, amenazó al viento y dijo al mar: Calla, enmudece. Y al instante calmó el viento y sobrevino una gran bonanza. Entonces les dijo: ¿De qué teméis?, ¿no tenéis fe todavía? Y quedaron sobrecogidos de grande espanto, diciéndose unos a otros: ¿Quién es éste a quien aun el viento y la mar prestan obediencia?» (Mc. IV; Lc. VIII; Mt. VIII).

EL LAGO DE TIBERIADES

La Tierra Santa se encuentra llena de lugares sagrados y de los más íntimos recuerdos para el cristiano: Belén, Nazaret, Naim, Magdala, Cafarnaún, el Calvario..., ¿quién no se estremece de emoción al oírlos pronunciar?

Uno de estos lugares es el lago de Genesaret, o mar de Tiberíades.



EL PUERTO DE CAFARNAUN. — Lugar sagrado en el lago de Tiberíades, en donde embarcó y desembarcó varias veces el Divino Redentor
(Foto Fernández)

Es ciertamente un mar insignificante ; de norte a sur no tiene más que de 30 a 40 kilómetros. Ni sus aguas, ni sus contornos, tienen cosa especial ; pero es el lago de Jesús... Sus aguas azules y transparentes en que se retrata el cielo, fueron también el espejo en que se reflejó su imagen sacrosanta ; las barcas de los Apóstoles lo cruzaron muchas veces, llevando en sí la preciosa carga del gran profeta y taumaturgo. A sus orillas se levantaban las ciudades más favorecidas por su presencia y sus milagros.

Casi todos los Apóstoles eran pescadores de este lago de privilegio, y en sus recodos silenciosos, unas veces sentado junto a las olas, otras sobre una lancha, había el Divino Maestro dirigido la palabra a las turbas que le asediaban para escuchar el eco de su voz.

Ráfagas de tormenta.

Era una tarde del segundo año de la vida pública del Salvador y después del sermón de la Montaña.

El Maestro se encontraba fatigado de la gran brega del día, y al anochecer dió la orden a sus Apóstoles de trasladarse a la otra banda del lago.

¡Atravesar el lago !

Parece que los Apóstoles, viejos marineros, perfectos conocedores de las condiciones del mismo, no esperaban la orden de Jesús en aquellas circunstancias. Tal vez habían visto en el horizonte o en el viento que soplabá, prenuncios de algunas de aquellas trombas tan frecuentes y tan violentas que ellos mismos habían, sin duda, contemplado.

El lago de Tiberíades, en efecto, está a 208 metros bajo el nivel del vecino Mediterráneo ; su lecho constituye la hondonada más profunda de todo el valle del Jordán, por el norte, así como el mar Muerto, por el sur. La diferencia de temperatura entre la meseta colindante y la depresión del lago

es muy notable y de tremendas consecuencias, especialmente por la noche en que se acentúa más este fenómeno. Son las grandes y proverbiales tormentas que se desencadenan espantables y que contrastan notablemente con la pequeñez de las dimensiones del modesto mar.



DESEMPOCADURA DEL JORDAN EN EL LAGO TIBERÍADES

Los pescadores lo saben muy bien y se previenen contra ellas, hasta el punto de que pasan generaciones enteras sin tener que lamentar naufragios. El sordo rugido del mar, al romper sus olas en la costa asiria, se propaga hasta el lago por vibraciones terrestres: los pescadores las oyen y exclaman: «Dentro de poco, tendremos aquí la tormenta», y ya no salen (Willam).

Los Apóstoles obedecieron al Maestro.

¿Qué fué lo que movió a Jesús a embarcarse en aquellas críticas circunstancias? El sabía perfectamente los amagos

de la tormenta; sabía, además, que ésta se desataría borrascosa e imponente; pero ese fué precisamente el motivo que le lanzó a la empresa. Quería dar a sus Apóstoles un motivo más para que creyeran en él; quería mostrarles lo sobrenatural y divino de su persona con un decisivo y espectacular milagro.

Se embarcó, pues, en la lancha y se dió a la vela con sus discípulos para pasar al lado opuesto. El Maestro estaba cansado: en un breve rato podía hacer la travesía y descansar toda la noche en los montes de la orilla contraria para reemprender a la mañana siguiente su apostólico ministerio.

Otras barcas de amigos y admiradores acompañaban también a la del Salvador y sus Apóstoles.

Luego de salir se acostó sobre cubierta, en la popa, en donde habría un asiento o cojín blando, y se puso a dormir, apoyando en él su cabeza.

Poco había de durar, sin embargo, su descanso.

La tempestad empezó a desencadenarse.

De las escarpadas alturas vecinas, cortadas por barrancas y gargantas profundas, empezaron a precipitarse torbellinos huracanados de viento. Las olas se levantaban entumecidas furiosamente y el viento rugía en las velas y el cuerpo de la nave...

Los Apóstoles, acostumbrados a la brega del mar y poco asustadizos, remaban esforzadamente y hacían alarde de sus conocimientos marinos, sorteando los peligros, pero éstos se hacían más inminentes cada vez.

El agua, enfurecida, saltaba por encima de la barca y la cubría.

Estaba ya casi llena y amenazaba hundimiento...

Los rayos que cruzaban siniestros el horizonte y los truenos que retumbaban, ponían una nota más de siniestro colorido en la escena de espanto.

«¡Señor, sálvanos que perecemos!»

El peligro era inminente.

Gente avezada a la ruda tarea, no se habían asustado los tripulantes al principio, pero llegó un momento en que lo vieron todo perdido.

El pánico se apoderó de ellos.

Ya hacía rato que venían realizando esfuerzos inauditos, pero, al fin, el peligro, cada vez más amenazante, vencía sus esperanzas... Desconfiaban de poderse salvar por sus propias fuerzas. Sólo les quedaba un refugio: el poder sobrenatural y divino que tantas veces habían experimentado en el Maestro...

Acudieron a él angustiados, pidiendo socorro: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!».

Jesús, despierta entonces de su sueño misterioso...

Al abrir los ojos puede contemplar el espectáculo sublime e imponente, al par que trágico, que ofrece el lago... Montañas de olas coronadas de revuelta e hirviente espuma, se precipitan bramadoras sobre la barca. Esta se ve toda inundada, casi sumergida... Había para sobrecogerse de terror...

«Calla, enmudece»...

Pero... había llegado el gran momento.

La serenidad y la calma del Hijo de Dios es absoluta.

No se inmuta ni vacila un instante.

Mira tranquilo las furias de la tormenta. escucha el fragor de las aguas y se contenta con decir a sus Apóstoles: «Hombres de poca fe, ¿por qué teméis?».

Luego, avanza hacia la proa majestuoso y seguro.

Las ráfagas hinchén su túnica y agitan impetuosas los pliegues de su manto... Parece que quisieran arrebatárle, como una furia de Satán, al abismo... Pero se ~~trata~~ trata del que sabe encadenarlas...

El excelso taumaturgo se encara con la tormenta, con las olas, con el cielo encapotado y negro, con el huracán, y dice solemnemente: «CALLA, ENMUDECE...».

Había terminado todo.

Una fuerza cósmica divina había como incubado sobre el lago y desarticulado por completo sus furores...

Dos palabras tan sólo, pero dos palabras que llevaban consigo la omnipotencia de Dios.

Los vientos oyeron la voz de Jesús, y se pararon repentinamente; las olas se sosegaron en el acto y sobrevino una gran calma...

CONSECUENCIAS DEL MILAGRO

Cuenta el Evangelio que los Apóstoles, aterrados por tan misteriosa y súbita mudanza, exclamaron fuera de sí de asombro: «¿Quién es éste que manda a los vientos, y los vientos y el mar le obedecen...?».

No había para menos, ciertamente.

Se encontraban frente a la Divinidad.

¡Qué pequeño es el hombre ante las fuerzas cósmicas desbordadas!

Cuando sobre su cabeza ruge el huracán que aterra con sus bramidos, retumba el trueno y la furia de los mares se desboca, el mísero mortal queda anonadado ante ellas.

Que salga entonces el sabio, el potentado, el conquistador... «ante quien muda se postró la tierra», a conminarlas...

Bravuconadas ridículas..., osadías infantiles...

Así lo han reconocido todos los tiempos.

La Humanidad siempre se ha sentido sobrecogida en presencia de las fuerzas infinitamente superiores y avasallado-

ras de la Naturaleza, como se sentiría un átomo en medio de las ingentes moles de los mundos...

Un hombre, pues, que se encara con ellas y les manda imperiosamente y las doblega y hace que le rindan vasallaje, deponiendo su dinamismo aterrador..., bien podemos asegurarlo: ese hombre no es hombre meramente; no obra, al menos, como tal; es la virtud y omnipotencia de Dios o ejerce su poder por su mandato.

El hecho no pudo ser presenciado sin asombro por los Apóstoles y aun sin que se llenasen del pavor sagrado y religioso que se ha apoderado siempre del hombre en las teofanías...

San Pedro, en una ocasión menos solemne, en la pesca milagrosa, se postró a los pies del Salvador, aturdido y temblando... «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador»... Ahora había más motivo aun que entonces. Sosegar con dos palabras una tempestad furiosa, era para ellos, atezados marinos, un prodigio más sorprendente, más apodíctico, que la curación de los leprosos, de los ciegos y paralíticos; incluso que la resurrección de los muertos.

El portento se les imponía por su fuerza propia y gigantescas proporciones a ellos, que conocían el mar y la furia y estragos de sus tormentas.

EXPLICACIONES RACIONALISTAS

¿Qué responde la neocrítica?

Hace algún tiempo que los heterodoxos se burlaban del milagro de la tempestad apaciguada, remitiendo toda su narración al dominio del mito y de la leyenda.

Era para ellos uno de tantos «cuentos marinos» o «anécdotas de pescadores» que abundan en todas las playas.

Hoy han cambiado ya bastante sus ideas sobre la apreciación del hecho. Siguen aún teniendo por legendarias las circunstancias del milagro que presenta carácter sobrenatural, pero los mismos teólogos liberales, racionalistas, en no escaso número, reconocen que la narración puede tener fundamento histórico.

Hubo, en verdad, dicen, alguna escena en que Jesús levantó el ánimo abatido de sus discípulos, causándoles la impresión de que era obedecido de los elementos desencadenados de la misma manera que de los espíritus...

Una parte de la escuela racionalista reconoce también que las palabras «calla, enmudece», dirigidas a los seres sin razón, no es extraña en un hombre como Cristo que cree que, con una fe firme, se pueden trasladar al mar los montes...

Pero no faltan contrariedades: el autor siente una dificultad que le desazona: «Lo que maravilla es, dice, que el lago se tornara realmente más tranquilo, ya que en este punto ninguna razón hay para desconfiar de los narradores, especialmente de San Marcos, cuyo relato es tan dramático...».

Pero está a punto la reacción; ¿para qué asustarse?

«Pueden darse coincidencias de esta clase», sugiere el mismo.

No fué la orden lanzada por Jesús la que puso fin a la tormenta, sino muy bien pudo ser que el curso regular de las mismas cosas devolviera la tranquilidad a las aguas, después de la orden conminada por él...

¿Lo extrañas, caro lector?

Así proceden esos hombres.

Con un «puede, un quizá», tienen suficiente para echar por tierra toda una serie de documentos tan fidedignos y aprobados como las narraciones evangélicas...

Mas no han sido afortunados tampoco esta vez. Es sabido de todos, que en las grandes tormentas siguen alborotadas y tumultuosas las aguas, aun horas después del cese del huracán.

Aquí no se cumplió esta ley física.

La calma, la quietud más absoluta de las olas fué súbita, instantánea.

¿Cómo explicar este fenómeno?

Demos tiempo a los racionalistas para que inventen otra evasiva, puesto que ésta no les sirve.

Nosotros decimos que esto es lo propio de los milagros de Jesús.

En la curación de la suegra de San Pedro, pudo apreciarse, visiblemente, que la fiebre anterior no le había dejado ni la debilidad correspondiente, pues la enferma se puso a servir de inmediato al Salvador. En la del ciego de nacimiento, vió éste ya con toda perfección desde el principio, sin la necesidad del hábito y costumbre, precisos para adiestrar la vista. Los leprosos quedaron aun sin las huellas de la lepra y con todos sus miembros en perfecto estado.

No es de extrañar que en el mar se siguieran los mismos efectos ante el imperio de su voz.

Horror a lo sobrenatural, ¡a cuánto obligas!

A nosotros no nos arredra ese fantasma.

Sabemos que lo sobrenatural puede darse, y que se ha dado de hecho innumerables veces en la Historia.

Si un hecho dado ostenta características de tal y tenemos garantías suficientes de que es cierto, histórico, auténtico, con todas cuantas exigencias pueda reclamar la crítica más razonable, no tenemos dificultad en admitirlo.

Proceder de otra manera, no es escribir Historia, sino mofarse de ella.

No es ser crítico, sino vivir de prejuicios.

Es interpretar documentos serios y veraces, según ideas y fobias preconcebidas.

Es, en una palabra, ser incrédulo nada más.

La naturalidad de la relación evangélica que nos ocupa, su dramatismo, su sinceridad y sencillez a toda prueba, lo mismo que la fe honrada y evidente competencia de los sagrados escritores, es decir, todos los criterios externos e internos están por la verdad evangélica, no por el mito de una leyenda y menos por la impostura.

A la verdad, pues, nos atenemos francamente, y creemos que con pleno derecho, a fuer de historiadores y de críticos.



«Yo soy la luz del mundo» (J. IX, 5).

VIII

CRISTO TAUMATURGO (III)

(El ciego de nacimiento)

SUMARIO: Antecedentes y realización del prodigio. - «Fuí, me lavé y veo». - El drama de la incredulidad farisaica. - Lógica contundente. Verdad y trascendencia del milagro. - Sus pruebas judiciales

Es el año tercero de la vida pública del Salvador.

La escena empieza a desarrollarse en una de las puertas del templo de Jerusalén. Había allí, como en los nuestros, enfermos y pobres pidiendo limosna, y entre ellos uno que llamaba especialmente la atención: un joven, ciego de nacimiento.

REALIZACION DEL PRODIGIO

Un día pasaba por allí el Divino Maestro con sus discípulos, y atraído, tal vez, por las voces que daba el mismo infortunado para mover a conmiseración a los transeúntes, fijó sus ojos en él.

Lo advirtieron los Apóstoles y de ello tomaron pie para preguntarle: «Maestro, ¿quién es el que ha pecado, éste o sus padres, para que naciera ciego?» La pregunta respondía, a todas luces, a la creencia popular de que los males y calamidades temporales son castigos de Dios por los pecados de los hombres; pero, aunque popular y divulgada, era falsa evidentemente.

No siempre las desgracias y males humanos son efectos del pecado: algunas veces lo son, sí, y las sagradas letras

nos lo ponen de relieve en los castigos de Adán y Eva en el Paraíso, del Diluvio, de Sodoma y de Gomorra, del pueblo de Israel en el desierto, de David, de Baltasar, de Antíoco y muchos otros. Pero no pocas otras permite Dios el dolor, las aflicciones y desgracias por otros fines distintos: las per-



PISCINA DE SILOÉ, donde se lavó el ciego de nacimiento por indicación de Jesús

mitió en Job para que sirviera de ejemplo de resignación al mundo ; en Tobías, para darle ocasión de merecer ; en José, para que resplandeciera más su virtud heroica...

En el caso particular que nos ocupa del ciego, había, ade-

más, otra razón inequívoca: la gloria de Dios y del mismo Salvador, que en el milagro de su curación había de manifestarse espléndidamente.

Por eso respondió el Divino Maestro: «No es culpa de él ni de sus padres el haber nacido ciego, sino para que se muestren en él las obras de Dios.» Y añadió, recalcando más el hecho: «Conviene que yo haga las obras de Aquel que me ha enviado, mientras dure el día», esto es, el tiempo de la vida: vendrá la noche de la muerte y nadie podrá trabajar. «Mientras estoy en el mundo soy luz del mundo...»

Así que hubo dicho estas palabras, escupió en tierra y formó lodo con la saliva, y, acercándose al ciego, se la aplicó sobre los ojos; luego añadió: «Anda y lávate en la piscina de Siloé...»

El ciego obedeció, y se realizó el milagro sin demora.

Instantáneamente recobró la vista...

Había como resucitado a una nueva vida mejor. La luz, la hermosa y vivificante luz, le inundaba de alegría y le mostraba el cielo azul, con todos los encantos del color y relieve de las cosas.

Lleno de gozo y saltando en su entusiasmo, al mismo tiempo que proclamando las grandezas del Señor, marchóse a su casa...

«Fuí, me lavé, veo».

Como era natural, todos los vecinos y conocidos acudieron a él, maravillados.

«¿Cómo se te han abierto los ojos?», le preguntan. El responde: «Aquel hombre que se llama Jesús hizo un poco de lodo y lo aplicó a mis ojos, y me dijo: Vé a la piscina de Siloé y lávate. Fuí, me lavé, y veo.»

Llevados, tal vez, de buena intención, le condujeron entonces a los fariseos, quizá para que ellos pudieran acreditar el prodigio. Pero éstos procedieron como quienes eran...

El drama de la incredulidad farisaica.

Comienzan las intrigas bochornosas y las indignas difidencias.

Los fariseos le preguntan cómo había recobrado la vista. «Me puso lodo sobre los ojos y me lavé, y veo», contesta el ciego.

Había para meditar, ciertamente; para respetar, al menos, el franco y espontáneo testimonio de un hecho consumado y evidente, pero no había voluntad de ver; se les imponía la soberbia.

Era sábado precisamente el día en que Jesús hiciera el milagro, y de aquí tomó pie la protervia farisaica:

«No es enviado de Dios, exclama, este hombre que no guarda el sábado».

En otros, en cambio, se impone el buen sentido: «¿Cómo un hombre pecador puede hacer tales portentos?»

Y había escisión en ellos.

De nuevo vuelven, apasionados, a la carga, buscando algo que les tranquilice.

«Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?».

«¿Yo?, repuso el que había sido ciego, que es un profeta».

No esperaban los fariseos una respuesta semejante.

Cada vez se sienten más molestos, pero no desisten. Acuden a los padres del ciego y les preguntan: «¿Es éste vuestro hijo de quien decís vosotros que nació ciego? Pues, ¿cómo ve ahora?»

Los padres conocían la acritud y malas artes de los fariseos, y les temían, máxime habiendo ya hecho ellos pública su decisión de arrojar de la sinagoga, como si dijéramos excomulgar, a cualquiera que reconociese a Jesús por Cristo o Mesías.

Se excusaron, pues, y se inhibieron en el asunto.

«Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego, pero cómo ve ahora no lo sabemos, ni tampoco sabemos quién es el que le ha abierto los ojos. Preguntádselo a él, pues ya tiene su edad; que responda por sí.»

Va a llegar a su punto culminante la escena.

Lógica contundente.

Otra vez al ciego.

Le vuelven a llamar y le dicen, con energía y decisión:

«Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador.»

Se veía demasiado evidente el apasionamiento y mala fe de aquellos parciales jueces.

Al ciego le indigna tan repugnante protervia: ya no le merecen consideración ni respeto: son meros esclavos de su envidia y malevolencia.

«Si es pecador o no, no lo sé, dijo con firmeza. Yo sólo sé que antes estaba ciego y ahora veo.»

Terrible réplica que les dejó confundidos.

Pero, ¿qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?, insistieron.

No era posible ser por más tiempo el juguete de tan feas pasiones:

«¿Para qué queréis oírlo de nuevo?, repuso, ya iracundo

y molestad. Os lo he dicho, y lo habéis oído. ¿Será que también vosotros queréis haceros discípulos suyos?»

La ironía, o más bien el sarcasmo, era sangrante, pero justo y acertado.

El ciego había mostrado una vez más la agudeza de su ingenio, al par que su valentía e intrepidez.

Eran de esperar los efectos.

No les quedaban más que las armas de la sinrazón, y acudieron a ellas: La injuria personal y los denuestos.

«Tú seas discípulo suyo, que nosotros somos discípulos de Moisés: nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios, mas éste no sabemos de dónde es».

Flaca respuesta de obstinación, que supo rebatir diestramente el ciego.

«En esto está la maravilla, dijo, como retorciéndoles el argumento; que vosotros no sepáis de dónde viene este hombre y, con todo, me haya abierto los ojos». Lo que sabemos es que Dios no oye a los pecadores, sino que aquel que le honra y hace su voluntad a ése es a quien Dios oye. Desde que el mundo es mundo, no se ha oído jamás que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si este hombre no fuera enviado de Dios, no podría realizar los portentos que realiza».

La lógica no podía ser más sabia y contundente.

Hablaba por sus labios la razón y el sentido común.

Los milagros son el sello de Dios, como dijimos, y éste no puede hacerlos para acreditar doctrinas erróneas o favorecer a personas indignas y pecadoras: eso sería fomentar el error o el vicio y la maldad.

Llegó, por fin, el estallido final.

Nada podían responder a los argumentos del ciego, y acudieron de nuevo al insulto.

«Saliste del vientre de tu madre empecatado todo tú, le dijeron, y ¿quieres darnos lecciones a nosotros?».

Y le arrojaron afuera.

Estaba terminado el drama sangriento y ridículo a la vez.

Jesús, que había estado por allí durante el desarrollo de las discusiones, procuró hacerse enconradizo al ciego, para fortalecerle y mostrarle su agrado por su valentía y decisión.

«¿Tú crees en el hijo de Dios?», le preguntó después de darse a conocer como autor del milagro.

«¿Quién es, Señor, para que crea en El?», le dijo.

«Le has visto, repuso Jesús, y es el mismo que está hablando contigo».

El ciego ya tuvo bastante.

«Creo, Señor», y cayendo de rodillas a sus pies, le adoró.

«Yo vine al mundo, añadió entonces el Maestro, a ejercer un justo juicio; esto es, para que los que no ven vean, y los que ven, o soberbios presumen ver, queden ciegos.

VERDAD Y TRASCENDENCIA DEL MILAGRO

Ahora, un momento de reflexión.

¿Qué impresión te ha producido, caro lector, el referido prodigio?

Creo, sinceramente, que se imponen dos conclusiones profundas y categóricas: la de su *sobrenaturalidad* y *autenticidad* sin distingos.

El hecho descrito es, ante todo, un milagro, un portentoso sobrenatural.

Imposible explicarlo por sugestión ni por otro medio alguno.

Supera, evidentemente, las fuerzas todas de la naturaleza.

Los ciegos de nacimiento suelen carecer, ordinariamente, de nervio óptico, de cristalino o de retina, y desde este punto de vista, su curación supone una plena reconstrucción del ojo y, más exactamente aún, una nueva creación del mismo.

¿Quién podrá dejar de reconocer la incapacidad absoluta para ello de todas las fuerzas naturales, aunque se las suponga dirigidas por la ciencia de los hombres?

Todos los esfuerzos del ingenio humano, armado de microscopios y reactivos, no ha podido conseguir otra cosa, con sus adelantos, que poner más de relieve lo asombroso del arcano, la incomparable sabiduría, el conjunto aterrador de sapientísimas finalidades, de partes y de piezas de que, como intrincado dédalo, consta el ojo. El sabio queda balbuciente ante su inexplicable mecanismo, como un niño ante las piezas incomprendidas de una complicada máquina. Pretender construir o sustituir una tan sólo de esas piezas es querer lo sobrehumano.

La *retina*, con sus numerosas capas, con sus millones de conos y bastoncitos, del tamaño de las ondas de la luz, para que sirvan como detectoras de la misma; el *cristalino*, con sus infinitas placas hexagonales, sus engarces de maravilla, que le dan la movilidad y refringencia conveniente; el *nervio óptico*, enigma indescifrable de la ciencia y un como atisbo o asomo del sistema nervioso al exterior... son cosas tan delicadas, tan infinitamente sabias y perfectas, tan finalistas, que el solo rehacerlas, no ya el crearlas de nuevo, supone un poder absoluto, una ciencia que supera inmensamente la pobre ciencia de los hombres...¹.

¹ Cfr. *A Dios por la Ciencia*, cap. VIII, 4.ª ed.

Si viene, pues, un taumaturgo y con sólo decirlo, con poner sobre los ojos del paciente un poco de lodo, o lavarlos con agua, vemos que realiza el prodigio y que súbitamente hace su aparición alguna de estas partes antes atrofiada o no existente... cierto es que podemos caer de hinojos ante él y exclamar, convencidos: «aquí está Dios; venid y adorémosle...»

Esta es la afirmación decidida del sentido común; ésta la reacción de la inteligencia libre de prejuicios.

La observación del ciego, ya antes mencionada, es justa: «Desde que el mundo es mundo, jamás se ha visto a nadie que haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento».

Aquí no valen ni sugerencias, ni fe que sana...

La curación predicha es un prodigio sobrenatural, divino, obrado exclusivamente por el único que tiene virtud para matar y vivificar; por el que es la resurrección y la vida, y la da y la quita o la reforma cuando quiere.

PRUEBAS JUDICIALES

La segunda conclusión del examen instituido es la autenticidad del milagro.

Creemos que es inútil pretender probarla.

La narración de todo el episodio es tan vívida, tan natural y animada; de caracteres tan bien descritos, que nadie podrá poner en duda su omnínoda verdad.

El hecho está comprobado, además, como ninguno.

Los evangelistas suelen ser, por lo general, concisos y parcos en la relación de los milagros del Salvador; exponen, sumariamente, las circunstancias del hecho y pasan a otro.

Aquí, por el contrario, se advierte una notable excepción: se acumulan los pormenores, las anécdotas, las descripciones...

Podríamos decir que hace San Juan, que es el que relata el milagro, algo así como una *comprobación oficial*; un acta del prodigio, como dice Fillión.

Algunos racionalistas han manifestado su descontento porque se echa de menos en el Evangelio la comprobación judicial y jurídica de los milagros de Cristo... Aquí tienen lo que desean.

Aquí es todo jurídico y oficial.

Jueces oficiales, indagación y examen pericial; un largo y escrupuloso proceso...

La primera indagación la realizan los vecinos y amigos del ciego favorecido y personas que le conocían perfectamente y le habían visto pedir limosna.

Notable diálogo el que tiene lugar sobre la identificación del ciego, y que está delatando a todas luces la realidad e historicidad cierta del suceso: «¿No es éste el que, sentado a la puerta del templo, mendigaba?»...

Unos decían: «Este es», y otros: «No es él, sino otro que se le parece».

En realidad, los ojos del ciego, radiantes de luz y de alegría, debieron cambiar y como transfigurar su rostro haciéndole aparecer distinto...

El *segundo testigo* lo constituyen los fariseos.

Ellos no pueden negar el hecho de que el que se decía ciego estaba sano. Más bien quieren enterarse del modo y de las circunstancias.

Para ello llaman a sus padres y les interrogan, y no satisfechos, acuden de nuevo al agraciado y le preguntan hasta cansarle.

Al fin no hallan otro efugio que acudir a las malas artes. «El milagro no es de Dios, sino del demonio», dicen. «No puede ser de Dios el que viola el sábado».

El *tercer testigo son los padres*. «Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego: el modo, interrogádselo a él».

El *cuarto*, el ciego mismo.

Nadie como él puede dar testimonio de la verdad, y la afirma rotunda y categóricamente: «Aquel hombre que se llama Jesús untó mis ojos con lodo y me dijo que fuera a lavarme en la piscina de Siloé: fuí, me lavé y veo».

Le contradicen y amenazan, pero él persiste y logra imponerse: «Si es pecador o no, yo no lo sé. Una cosa es cierta y por demás admirable, y es que, siendo pecador, me haya abierto los ojos»... «¿Tú qué dices de él?»... «Que ese hombre es un profeta».

Más pruebas no pueden darse.

Para negar la autenticidad de este prodigio se necesita estar apasionado hasta la obcecación y cerrar los ojos voluntariamente a la luz.

Eso hicieron los fariseos.

Su incredulidad constituye una ridícula tragicomedia. Al leerla no puede uno menos de reírse, complacido.

Los mismos incrédulos racionalistas y neocríticos aplauden al ciego en su aplastante lógica, cuando leen el Evangelio... Pero, ¡cosa extraña, aunque no rara en la psicología y lógica de los hombres!... tampoco ellos creen en el milagro,

y si se les urge, se convierten incluso en fariseos y niegan también ellos, tenaz y tercamente, el milagro del Salvador y acuden para ello hasta las más descabelladas explicaciones...

¡Qué verdad es aquello de que no hay peor ciego que el que no quiere ver!



«Yo soy la resurrección y la vida» (J. XI, 25).
«Y dicho esto clamó con una gran voz y dijo: Lázaro;
sal afuera» (J. XI, 43).

CRISTO TAUMATURGO (IV)

(La resurrección de Lázaro)

SUMARIO: Betania. - Lázaro enferma y muere. - En las proximidades del Castillo. - Las lágrimas de Jesús. - Ante el sepulcro del amigo. «Lázaro, sal afuera». - Realidad y grandeza del milagro.
Explicaciones racionalistas

¡Betania!

Nombre grato y evocador de recuerdos... Lugar de solaz y de descanso para el Salvador después de las amargas y encarnizadas luchas en Jerusalén con la protervia de los judíos...; patria de la familia amiga y leal de Lázaro y sus hermanas...

El Evangelio le llama Castillo.

Era en tiempos de Jesús una aldea acogedora y simpática; hoy apenas es nada; pero no importa: lo interesante allí es el recuerdo de las escenas evangélicas...; la imagen del Hombre-Dios y de sus ilustres hospedadores que parecen aún flotar en el ambiente.

Está como resguardada en una de las colinas de las estribaciones del Olivete, viniendo de Jericó y a 15 estadios solamente de la capital de Israel, tres kilómetros escasamente; unos tres cuartos de hora de camino.

Expongamos el gran milagro de la resurrección de Lázaro, quizá el más portentoso de la historia. Se experimentan en

su relato los escalofríos de la presencia de la divinidad: Cristo aparece en él, una vez más, como Dios, Creador y dueño absoluto de la vida y de la muerte.

Lázaro está enfermo.

Nos encontramos probablemente en los últimos días de febrero o primeros de marzo.

El Divino Maestro se halla en la Transjordania o Perea, en los mismos parajes quizá que el Bautista había santificado con su predicación y bautismo, no lejos de la desembocadura del Jordán, en el Mar Muerto.



BETANIA. — «La imagen del Hombre-Dios y de sus ilustres hospedadores parecen aún flotar en el ambiente»

Una noticia acaba de llegarle que ha sumido en la tristeza a los Apóstoles: Lázaro de Betania, el entrañable amigo de todos, está gravemente enfermo; así lo anuncia un mensajero enviado expresamente por las hermanas. «Señor; he aquí que aquel a quien Tú amas está enfermo», le han mandado decir éstas. Jesús no se ha puesto, sin embargo, inmediatamente en camino, como parecía exigirlo la fina amistad que con la familia le unía. Ha respondido, misteriosamente: «Esta enfermedad no es para morir, sino para la gloria de Dios, a fin de que, por medio de ella, el Hijo de Dios sea glorificado».

Muerte y enterramiento de Lázaro.

El amigo de Jesús murió pocas horas después de la partida del mensajero.

Su cadáver fué profusamente perfumado y envuelto en una sábana y fajado con vendas, según la usanza de los judíos: a la cabeza se le puso el llamado sudario, esto es, un paño blanco, que la cubrió por completo. El entierro se efectuó el mismo día de la muerte, como era también costumbre en el caluroso clima palestino, y en un sepulcro de la familia, dentro, según parece, de la heredad. Consistía esencialmente en una cueva, cuya entrada se cerraba con una losa.

En las proximidades del Castillo.

Prosigue el Evangelio:

Como oyó, pues, Jesús que Lázaro estaba enfermo, quedóse aún dos días en aquel lugar donde estaba; luego dijo a sus discípulos: «Vamos a Judea otra vez».

Ir a Judea significaba, como anota un autor, ir a Jerusalén, en donde unos días antes había sostenido la más tremenda refriega con sus encarnizados enemigos, quienes ha-

bían querido, incluso, lapidarle. El proyecto, por tanto, parecía peligroso y temerario. Los discípulos se lo recuerdan: «Maestro, los judíos buscaban poco ha lapidarte, y, ¿otra vez vas a ellos?». Pero Jesús respondió, con firmeza: «¿No son doce las horas del día? Quien camina de día no tropieza, porque ve la luz del mundo; mas quien camina de noche, tropieza, porque no hay luz en él». Jesús significaba con estas palabras que la vida terrena es el día señalado por Dios a cada uno; la noche, la hora de la muerte. Dicho esto, añadió: «Lázaro, nuestro amigo, duerme, y voy a despertarle del sueño».

Suele ser indicio popular de mejoría en un enfermo el poder conciliar el sueño, y en este sentido le advirtieron los Apóstoles: «Señor, si duerme, se salvará»; pero Jesús se refería al sueño de la muerte. «Lázaro ha muerto», les dijo, al fin, abiertamente. «Y me alegro de no haber estado allí, por vosotros, para que creáis: vamos a él»...

Tomás dijo entonces, decidido: «Vayamos también nosotros y muramos con El»; hasta tal punto juzgaban peligrosa la empresa. Se encaminaron, pues, a Betania, a donde llegaron en un día.

La primera en enterarse de la llegada de Jesús fué Marta, quien le salió inmediatamente al encuentro.

«Señor», le dijo, llorando, así que llegó a su presencia: «si Tú hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano»...

«Tu hermano resucitará», le dice el Maestro. Marta no comprende el alcance de sus palabras; cree, más bien, que es sólo una expresión de consuelo; por eso añade: «Sí, Señor, yo sé que resucitará en la resurrección final del último día»... Jesús se había referido, por el contrario, a una resurrección próxima, inmediata. Revístese, pues, de la majestad imponente que le caracterizaba, y le dice, severa y rotundamente: «YO SOY LA RESURRECCION Y LA VIDA; QUIEN CREE EN MI, AUNQUE HAYA MUERTO, VIVIRA, Y

QUIEN VIVE Y CREE EN MI, NO MORIRA ETERNAMENTE. ¿Crees esto?»... «Sí, Señor», dijo Marta sobreco-gida, «yo siempre he creído que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo».

¡Hermosa confesión de Marta y significativa afirmación de Jesús!

«YO SOY LA RESURRECCION Y LA VIDA»; estas palabras o son palabras de Dios, o de un alucinado, de un loco: la vida, dar la vida, devolver la vida, es prerrogativa de Dios, que la creó por sí mismo en el principio de las cosas. Cristo es el autor de la vida, el que la devuelve cuando quiere: Cristo es Dios.

Prosigue el Evangelio:

«Y dicho esto, fuése (Marta) y llamó, en secreto, a María, su hermana, diciendo: El Maestro está aquí y te llama. Apenas oyó María esta palabra, se levantó apresuradamente y salió a su encuentro; porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba en el mismo sitio en que Marta le recibiera. Por eso los judíos que estaban con María en la casa y la consolaban, viéndola levantarse de repente y salir fuera, la siguieron, diciendo: Va, sin duda, al sepulcro, para llorar allí... María, pues, habiendo llegado a donde estaba Jesús, viéndole, postróse a sus pies y le dijo: «Señor, si Tú hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano».

El momento es de intensa emoción.

María y Marta lloran, afligidas; lloran los judíos amigos que asisten a la escena; lloran también, sin duda, los Apóstoles...

¿Qué hará Jesús? El sabe perfectamente que dentro de unos instantes Lázaro resucitaría; parece, pues, que debía mostrarse sereno e impasible; sin embargo no es así... El gran Profeta y Taumaturgo es tierno y compasivo como el más tierno de los hombres; es asequible a los asaltos del

corazón, y no puede ver lágrimas sin conmoverse hondamente. Ahora no es dueño de sí... El Evangelio lo expresa con estas concisas pero reveladoras palabras: «Estremeciéndose en espíritu y se conturbó»... La conmoción experimentada en su alma fué tan fuerte que se traslucía al exterior. Los sollozos brotaron espontáneos e irresistibles, y era tal la violencia que tuvo que hacerse, tal la lucha que sostuvo en ello consigo mismo al querer reprimirlos, que apareció turbado o contorsionado su rostro; al fin, no pudo más y soltó la represa. Los sollozos fueron tan hondos que el Evangelista los llama ruidos: Infremuit spíritu.

«¿Dónde lo habéis puesto?», dijo así que pudo dominar la emoción y hacer uso de la palabra. «Señor, ven y lo verás», dijeron las hermanas. «A Jesús se le arrasaron en lágrimas los ojos»...

El hecho debió de ser impresionante.

¡El gran Profeta y Taumaturgo llorando de emoción por la muerte de Lázaro! Con ello delataba la ternura de su corazón y lo aquilatado de sus afectos de amistad.

«Dijeron entonces los judíos: Mirad cómo le amaba». Y, lo que es la ruindad de la envidia y malevolencia, algunos objetaron: «¿No pudiera éste, que abrió los ojos del ciego de nacimiento, hacer que Lázaro no muriera?».

Jesús no hizo caso de tan aviesa voluntad, y, prorrumpiendo en nuevos sollozos que le salían del corazón, se dirigió con todos al sepulcro.

El gran milagro.

Todos estaban en la persuasión de que Jesús iba a hacer una visita a la tumba del amigo; nadie, ni aun los Apóstoles, sospechaban ni remotamente lo que iba a suceder... Se acercaban máximos acontecimientos. Jesús, dominada ya la

emoción, mostraba un semblante sereno y majestuoso, resuelto y dueño de Sí.

Se dirige tal vez a sus Apóstoles, y les dice: «Quitad la losa»... Pero, cosa inesperada, ¿sabe El lo que dice?, ¿está enterado del tiempo que lleva Lázaro en la tumba? Las dos hermanas sospechan que no; por eso exclama Marta: «Señor, mira que ya hiede, pues hace cuatro días que está enterrado»... Cristo lo sabía todo perfectamente; sabía que Lázaro había muerto ya al recibir el mensaje; no se le ocultaba nada. Por eso dirige la mirada a Marta y, con majestad sublime, le reprende: «Mujer, ¿no te he dicho que si crees verás la Gloria de Dios?».

Quitaron, pues, la piedra; las miradas de todos se volvieron instintivamente hacia el interior del sepulcro. Allí estaba el cadáver de Lázaro; aparecía rígido, inmoble, cubierto de vendajes y como prisionero en su mortaja. Había entrado ya en descomposición, y hedía. Se redoblan el sentimiento y las lágrimas... Jesús, en cambio, dueño de Sí, consciente de lo que va a hacer, levanta sus ojos al Cielo, al borde mismo del sepulcro: «Padre, te doy gracias porque me has oído. Yo sé que siempre me oyes, pero lo digo por los circunstantes, para que crean que Tí me has enviado»... Dichas estas palabras en forma solemne y segura, clava en el cadáver los ojos, le señala con el índice, y exclama, en alta y sonora voz: «Lázaro, sal afuera»...

¡Sorpresa y pismo aterrador!

¿Qué significa esto? La curiosidad lleva irresistiblemente la vista de todos al cadáver y... ¿será posible? Lázaro ha oído la voz del Taumaturgo y se mueve... Es un fantasma que se incorpora envuelto en las sábanas que le sirvieron de mortaja y atado por los vendajes... Los presentes no se han movido del lugar, ni pudieran hacerlo: allí permanecen petrificados, desorbitados los ojos, clavados en la visión aterradora que se mueve, sin voz y sin aliento...

El Taumaturgo tiene que sacarles del pasmo. Se dirige a ellos y les manda: «Desatadle y dejadle ir». Así lo hacen, y libre ya de su mortaja, aparece Lázaro resucitado, lleno de vida como antes.

REALIDAD Y GRANDEZA DE LA RESURRECCION DE LAZARO

Creemos que huelgan los comentarios.

Se sienten, al leer estas páginas, como dijimos al principio, los escalofríos de la presencia de la Divinidad, y vienen a la memoria, espontáneamente, las palabras de San Pedro a Jesucristo, después de la pesca milagrosa: «Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador».

Hagamos sólo una reflexión.

Nos encontramos en presencia de un milagro cierto, históricamente indubitable y a todas luces divino.

El relato evangélico en sí con sus incidentes y pormenores; la topografía y la psicología es tan transparente, tan vivida, tan verdadera, en una palabra: son tan claros los criterios, tanto internos como externos, de autenticidad, que nadie podrá encontrar en él un indicio siquiera de falsía o de fraude, nada que ofrezca la más leve sombra de sospecha. Una narración semejante no puede haber sido escrita sino por un testigo de vista, penetrado por completo de la realidad asombrosa del suceso.

Es, también, hemos dicho, un milagro a todas luces divino; queremos decir un hecho tan portentoso, tan sobrenatural, tan inmenso, que sólo la potencia infinita de Dios puede realizarlo.

Recapacítese, en efecto, sobre lo que es un cadáver en descomposición: un montón de ruinas; un organismo humano, esto es, la máquina más sabia y complicada que haya podido jamás ser construída, no ya inservible o descompues-

ta, sino aniquilada. En él ha quedado deshecho el motor y órgano principal de la vida, el corazón; deshecha y corrompida incluso la sangre con sus millones de glóbulos; desechos los pulmones, las vísceras, el sistema nervioso, maravilla de maravillas, el cerebro, la médula, los órganos de los sentidos, oídos y ojos...

En resumen:

Un cadáver en putrefacción es todo el organismo del hombre, inmensa colonia de ochenta trillones de células, reducido a la nada, a una piltrafa nauseabunda... ¿Qué es, pues, resucitarlo? Es rehacerlo por completo; es volver a vivificar y poner en movimiento y funciones las células todas en su número casi infinito...

Una célula es un misterio de sabiduría y de poder inasequible a la potencia del hombre; formarla supera las posibilidades humanas todas.

La resurrección, por tanto, de un cadáver putrefacto supone una nueva verdadera creación, y si se nos permite hablar así, en atención a lo arriba indicado, un conjunto asombroso de ochenta trillones de milagros...

El pobre humano entendimiento queda anonadado de terror en su presencia. Eso es exclusivo del poder supremo, del que tiene el dominio absoluto sobre la vida y la muerte, del que es «la resurrección y la vida», de «Dios bendito por los siglos».

EXPLICACIONES RACIONALISTAS

¿Cómo reacciona el racionalismo y la incredulidad ante la resurrección de Lázaro?

Es tan enorme su sensación y al mismo tiempo tan real y cierto en sí, que si no fuera porque desemboca en un gran milagro, nadie tendría lo más mínimo que objetar. Pero ahí está el defecto: termina en un milagro, y de inmensa tras-

cendencia; es decir, en algo que es evidentemente sobrenatural... y que, por consecuencia, disgusta a la incredulidad y al ateísmo. Ello es ya suficiente para que, a pesar de toda su verosimilitud e historicidad, sea por completo inadmisible y falso.

¡Y qué explicaciones tan pintorescas nos dan esos hombres!

Los unos acuden al fraude.

La resurrección de Lázaro, dicen, fué una superchería, un amaño indigno, urdido por Jesús, por Lázaro y sus hermanas: toda una pantomima complicada y grotesca. Lázaro haría el muerto. Jesús le resucitaría llamándole del sepulcro... Naturalmente que esta teoría está ya desechada, incluso por los racionalistas, enterrada también y por cierto sin esperanzas de resurrección, como afirma un autor graciosamente. En algún tiempo, sin embargo, se creyó en ella como en una explicación plausible. ¡Qué crédula y pueril aparece a veces la incredulidad!... ¡Y qué fácil de contentar es la crítica irreligiosa cuando se trata de desbrozar su propio camino!

Otros han pensado que no se trata en este pasaje más que de una alegoría: Jesús había dicho que El era la resurrección y la vida: el caso de Lázaro era meramente una parábola explicativa, hecha real por la candidez y torpeza del evangelista... He aquí las palabras de Renán: «Un día pidieron los Apóstoles a Jesús que realizara un milagro para convencer a los incrédulos de Jerusalén. Jesús les contestó, lleno de desconfianza, que los jerosolimitanos no creerían aunque resucitara Lázaro, aludiendo a la parábola del rico Epulón. Esto fué lo suficiente para que los Discípulos hablaran en adelante de la resurrección real y verdadera del otro Lázaro».

Más diáfana explicación no podría encontrarse: el milagro, tan decantado, surge así irrefutable... Confesamos que

si ésta es manera honrada y digna de leer el Evangelio, no ya la Historia, pero aun la honradez está en quiebra.. En verdad que se necesita más fe para ser incrédulo que para creer.

Los judíos y la resurrección de Lázaro.

Termina el evangelista señalando que muchos de los judíos que estaban presentes y habían contemplado la gran maravilla, quedaron sobrecogidos de la grandiosidad del hecho, y creyeron en Jesús, como Mesías y enviado de Dios.

Muchos, no todos.

Aunque parezca extraño, otros quedaron exasperados y obstinados en su perversa voluntad, hasta llegar a acentuar más aún su odio al excelso Taumaturgo... La Luz les ofuscó porque no eran hijos de la Luz. No buscaban honradamente la verdad; eran esclavos de la envidia y del más vil apasionamiento. Llenos de rencor se fueron obcecados a los fariseos a contarles lo que Jesús había hecho. Entonces los Pontífices y judíos se juntaron en consejo para deliberar: «¿Qué haremos?, se dijeron. Este Hombre hace muchos milagros; si le dejamos así, todos creerán en El, y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nación».

¡Cosa singular!, lo que era, a todas luces, una de las más portentosas obras de Dios, la convierten ellos en causa de mayor obcecación y ruina.

Lo de siempre; lo que a unos conduce a Dios, a otros les aparta más de El por su ceguera y soberbia. ¡Qué verdad es lo de la parábola del rico Epulón: «Los que no creen a Moisés y a los profetas, aunque resuciten muertos, no creerán». (Cfr. Joan., XI, 1.)

SIGNIFICACION DE LOS MILAGROS DE JESUS

SUMARIO: Los milagros evangélicos son: 1.º, obras de misericordia: leprosos y ciegos; la multiplicación de los panes; el paralítico de la probática piscina; la resurrección del hijo de la viuda de Naím... 2.º, pruebas de su legación divina: el paralítico de Cafarnaúm; el hombre de la mano paralizada.- El milagro, sello de Dios y nota distintiva del Mesías

Cristo hizo milagros, innumerables milagros, como vimos en los capítulos precedentes...

Pasó por el mundo como pasa el sol por el espacio, despidiendo luz y calor. Era la virtud del Altísimo y había de manifestarse obrando maravillas. El Padre las realiza continuamente y El había de hacer lo mismo...

Milagros en la Naturaleza inanimada y milagros en el hombre: éstos son los más y los más emocionantes. Ya lo habían predicho los profetas de Israel: Isaías, sobre todo, enumerando los beneficios del reino mesiánico, había anunciado, en su animado lenguaje: «Entonces verán los ciegos, oirán los oídos de los sordos, el cojo saltará como un ciervo y se desatará la lengua de los mudos».

Si de la vida de Cristo se eliminan los milagros, se la despoja del mayor motivo de la admiración de las turbas y de uno de los rasgos más distintivos de su ministerio...

Cristo, sí, realizó milagros.



10

(Hofmann)

«Pasó haciendo bien por todas partes» (Act. X, 38).

Pero, ¿para qué los hizo? ¿Qué finalidad persiguió con ellos?, ¿fueron, tal vez, obras de vanidad o de capricho, realizadas por ostentación, por apetencias o egoísmos inconfesables?

No, ciertamente, y en esto se muestra su máxima recomendación y atractivo. Son todas obras de la caridad y misericordia de su compasivo y generoso corazón para con los desgraciados de la tierra, o pruebas fehacientes de su legación divina.

Realicemos otro breve recorrido por las páginas evangélicas, haciendo resaltar especialmente lo que a la doble mencionada finalidad atañe.

OBRAS DE MISERICORDIA

Leprosos y ciegos.

Los leprosos y los ciegos parecen haber sido los predilectos de la misericordia de Jesús.

Doce fueron los sanados de los primeros y seis de los segundos, y sus curaciones son de las más patéticas y tiernas del Evangelio.

Un día se acercaba a Cafarnaún con sus discípulos rodeado de turbas que le seguían, cuando he aquí que se le acercó uno de ellos.

Daba verdadera lástima su sola vista. Era uno de aquellos infelices que se veían forzados a vivir fuera de sus casas y aun de las ciudades y pueblos, y vagaban por los montes y los campos en el mayor desamparo y miseria.

Llegado a Jesús, doblando las rodillas y cayendo sobre su rostro humedecido de lágrimas, le adoró suplicante:

«Señor, si tú quieres, puedes limpiarme». Jesús, compa-

decido de él, dice el Evangelio, extendió su mano, y tocándole, le dijo: «Quiero, sé limpio».

Y dicho esto, al instante le desapareció la lepra y quedó limpio. (Mt. VIII, 1-4: Mc. I, 40-45: Lc. V, 12-16.)

Otro día era al salir de Jericó.

Le seguía también un gran gentío cuando, al pasar, lo advirtieron dos ciegos, Bartimeo y otro, que estaban sentados junto al camino mendigando.

Los infortunados comenzaron a dar voces, diciendo: «Señor, hijo de David, ten compasión de nosotros».

Muchos de los que iban delante les reprendían para que se callaran, mas ellos gritaban mucho más, diciendo: «Señor, ten piedad de nosotros; hijo de David». Jesús se detuvo en-
ternecido, y dijo a los circunstantes: «¡Llamadlos».

«Animo, levantaos, que os llama», anunciaron a los ciegos...

Bartimeo, dice expresamente el Evangelio, que, arrojando la capa, se levantó de un salto, y con el otro ciego vino a Jesús...

«¿Qué queréis que haga con vosotros?».

Los ciegos respondieron: «Señor, que se abran nuestros ojos y veamos».

Compadecido de ellos Jesús, tocó sus ojos, y les dijo: «Ved: vuestra fe os ha salvado, y al punto recobraron la vista y le siguieron en el camino, glorificando a Dios». (Mt. XX, 29-34; Mc. X, 46-52; Lc. XXVIII, 38-43.)

Cristo era la luz del mundo y tuvo especial contento en devolver hasta la natural de los ojos a los que de ella carecían.

Multiplicación de los panes.

De dos multiplicaciones de panes nos hablan los Evangelios.

La narración de la primera, sobre todo, es conocidísima del pueblo cristiano que ha sabido sentirla en toda su belleza y atractivo. Es un milagro esencialmente popular del Divino Pastor, compadecido de las turbas, para darles de comer pan divinamente multiplicado.

Cuéntannoslo así los evangelistas:

«Y le vieron partir...»

Y, al saberlo, las turbas concurrieron allá por tierra de todas las ciudades, y llegaron antes que Jesús a la otra parte del lago.



LLANURA JUNTO A BETSAIDA. — En ella quizás se realizó el gran milagro de la primera multiplicación de los panes. (NE. del lago).

Era grande aquella muchedumbre que iba tras El porque veían las maravillas que obraba con los enfermos.

Al desembarcar y ver la mucha gente, subióse a la montaña, y estaba allí con sus discípulos.

Aproximábase la Pascua, la fiesta de los judíos.

Levantando, pues, Jesús los ojos y viendo que era grande el gentío que venía hacia El, se compadeció de ellos porque andaban como ovejas sin pastor, y, recibéndolos de nuevo, comenzó a enseñarles largamente y a hablarles del reino de Dios; y devolvió la salud a los enfermos que la necesitaban

En esto, el día comenzó a declinar y haciéndose ya tarde, se llegaron a El los discípulos y le dijeron: El sitio es solitario y la hora avanzada ya: despídelos, por tanto, para que vayan a los caseríos y aldeas del contorno, donde puedan albergarse y comprar algo de comer.

El, respondiendo, les dijo: No tienen necesidad de marcharse. Dad-les vosotros mismos de comer...

Dice Jesús a Felipe: ¿De dónde compraremos panes con que puedan comer éstos? Esto decía para probarle; pues bien sabía El lo que tenía que hacer.

Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no serían suficientes para que cada uno tomara un bocado...

Dijo entonces Jesús:

¿Cuántos panes tenéis? Id a verlo.

Habiéndolo averiguado, dícele Andrés, el hermano de Simón Pedro: Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces. Pero, eso, ¿qué es para tanta gente?...

Díjoles Jesús: traedme acá esos cinco panes y dos peces y haced recostar a la gente sobre la verde yerba por grupos de comensales.

Había mucho heno en aquel lugar.

Se recostaron, pues, por grupos de ciento y de cincuenta. Eran los hombres, sin contar las mujeres ni los niños, como unos 5.000...

Y tomando Jesús los cinco panes y los dos peces, alzó sus ojos al cielo, y habiendo dado gracias, los bendijo y partió y dió a los discípulos para que ellos los distribuyesen entre la muchedumbre. De igual manera, distribuyó también los peces entre todos...

Y comieron todos y se saciaron.

Cuando estuvieron satisfechos, dijo Jesús a sus discípulos: Recoged los pedazos sobrantes para que no se pierdan.

Recogieronlos y llenaron doce cestas con los trozos sobrantes de los que habían comido.

Con esto, la muchedumbre, visto el milagro que Jesús había hecho, decía: Este es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo». (Mt. XIV, 13-23; Mc. VI, 33-46; Lc. IX, 11-17; Jn. VI, 2-15).

El paralítico de la probática piscina.

Dice así San Juan en el capítulo V de su Evangelio:

«Después de esto, se celebraba la fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén.

Hay en Jerusalén, junto a la puerta probática, una piscina, apellidada en hebreo Betsaida, que tiene cinco pórticos. En éstos yacía una

gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, impedidos, que aguardaban la agitación del agua, porque de tiempo en tiempo un ángel del Señor bajaba a la piscina y removía el agua, y el primero que bajara quedaba sano de cualquier enfermedad que le aquejase.

Había allí un hombre que llevaba ya 38 años en su enfermedad.

A éste, como viese Jesús tendido en el suelo y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dijo:

¿Quieres ponerte sano?

Respondió el enfermo:

Señor, no tengo un hombre que cuando se remueve el agua me eche en la piscina; y así en tanto que yo llego, otro baja antes que yo.

Dícele Jesús:

Levántate; toma tu camilla y anda...

Al instante quedó sano aquel hombre y tomó su camilla y andaba...

Era sábado aquel día y dijeron los judíos al que había sido curado: es sábado; no te es permitido tomar a cuestas tu camilla.

El les respondió:

El que me ha sanado es el que me lo ha dicho: toma tu lecho y anda...

Le preguntaron, pues:

¿Quién es el hombre que te ha dicho toma tu camilla y anda?

El que había sido curado no sabía quién era: porque Jesús se había retirado sin ser advertido de la muchedumbre que había en aquel sitio...

Tras esto le halló Jesús en el templo y le dijo: He aquí que has sido curado: No peques más; no sea que te acaezca algo peor.

Se fué, pues, aquel hombre y manifestó a los judíos que Jesús era el que le había sanado. Por esto le perseguían los judíos a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado. El les respondió:

Mi Padre sigue hasta el presente trabajando, y yo también trabajo.

Por esto, pues, más aún, pretendían los judíos matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino también llamaba a Dios padre suyo, haciéndose así igual a Dios».

Resurrección del hijo de la viuda de Naim.

San Lucas, capítulo VII.

«Y aconteció poco después que iba Jesús a una ciudad llamada Naim y andaban con él sus discípulos y gran tropel de gente.

Y como llegase cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, que era viuda; y con ella iba mucha gente de la ciudad.

En viéndola el Señor, movido a compasión, le dijo:

No llores.

Y llegándose al féretro, lo tocó. Los que lo llevaban se detuvieron; y dijo:

Joven, yo te lo mando, levántate...

Y se incorporó el difunto y comenzó a hablar, y se lo entregó a su madre...

Quedaron todos sobrecogidos de temor y glorificaban a Dios, diciendo:

Un gran profeta ha surgido en medio de nosotros.

Y añadían: «Dios ha visitado a su pueblo».

Y se difundió esta voz y fama de El por toda la Judea y por todos los países comarcanos».

... ..

No hay para qué multiplicar más los relatos:

Son casi todo el Evangelio.

¡Hermoso corazón el de Jesús!

¡Ni un milagro siquiera en provecho propio!

El hubiera podido, en las tentaciones del desierto, hacer que las piedras se convirtieran en pan como insidiosamente le aconsejaba el demonio; pero lo rehusó.

Cuando él mismo le colocó sobre el pináculo del templo y le aconsejó que se tirase de él, hubiera podido hacerlo, realizando así un espectacular prodigio que hubiera llenado de admiración a las gentes...

Hubiera podido hacer también los prodigios que le pedía Herodes... y aun bajar de la Cruz, como le decían, burlándose de El sus enemigos...

Sin embargo, nada de todo eso quiso hacer.

La *caridad*, la *misericordia*, la compasión de los enfermos y necesitados: he aquí el objeto casi único de sus milagros.

Pasó por el mundo derramando el bien a manos llenas. Este será eternamente el rasgo característico de la fiso-

nomía moral del gran profeta de Nazaret, y eso io que, sobre todo, le atraía a las muchedumbres.

Cierto que su elocuencia, su palabra de vida eterna como jamás se había proferido en el mundo, su atractivo y majestad personal, tuvieron parte en su éxito; pero eso no bastaba, como dijimos.

Fueron sus milagros y especialmente sus curaciones de enfermos las que completaron su triunfo...

PRUEBAS DE SU LEGACION DIVINA

Esta fué, como queda dicho, la segunda finalidad de los milagros de Jesús. Testificar con hechos irrecusables su divina misión.

También son muchos los que podemos enumerar en este sentido.

Es el día de la curación del paralítico de la piscina probática.

Los escribas y fariseos, protervos, hipócritas y envidiosos, se muestran descontentos y escandalizados, como acabamos de ver, porque ha hecho la curación en día de sábado.

El Salvador les echa en cara su mala fe.

«En verdad, en verdad os digo que no puede el Hijo hacer nada por sí mismo sino lo que viere hacer al Padre.

Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo cuanto El hace y le mostrará mayores cosas todavía que éstas, para que vosotros os maravilléis...

Porque como el Padre resucita a los muertos y los vivifica, así también el Hijo vivifica a los que quiere.

El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió.

Si yo soy quien doy testimonio de mí, mi testimonio no será veraz para vosotros: pero otro es el que testifica en favor mío y sé que es veraz su testimonio.

Vosotros enviasteis una delegación a Juan y él dió testimonio a favor de la verdad: no es que sea él de quien yo recibo el testimonio; sino digo esto para que vosotros seáis salvos.

El era la antorcha que ardía y brillaba: y vosotros quisisteis por un instante regocijaros en su luz.

El testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan; porque las obras que el Padre me confió para que las llevase al cabo, ellas mismas testimonian acerca de Mí de que el Padre me ha enviado». (Jn. V, 19 s.).

Más explícito es aún en un discurso habido en el templo:

«Se celebró entonces en Jerusalén, dice el texto sagrado, la fiesta de las Encenias.

Era invierno y se paseaba Jesús en el templo por el pórtico de Salomón.

Le rodearon, pues, los judíos y le dijeron:

¿Hasta cuándo tienes en suspenso nuestro espíritu? Si tú eres el Mesías, dñoslo claramente.

Respondióles Jesús:

Os hablo y no me creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de Mí. Sin embargo, vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco, y ellas me siguen y yo les doy la vida eterna, y no perecerán nunca y nadie las arrebatará de mi mano.

El Padre y yo somos una misma cosa...

Cogieron entonces piedras los judíos para lapidarle, pero Jesús les replicó:

Muchas buenas obras hice con vosotros de parte de mi Padre. ¿Por cuál de ellas me queréis apedrear?

Respondieronle los judíos:

No te apedreamos por obra alguna buena, sino por la blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces Dios...

Respondióles Jesús: Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; mas, si las hago, ya que a Mí no me queréis creer, creed a mis obras: para que entendáis y creáis que mi Padre está en Mí y yo en mi Padre». (Jn. X).

«¡Ay de ti, Corozain!» «¡Ay de ti, Betsaida!».

Por la misma causa de la incredulidad de los judíos, les anuncia los mayores castigos de parte de Dios.

«Como concurrieran las turbas a oírle, comenzó a decir: Esta raza de hombres es una raza perversa: ellos quieren un prodigio y no se les dará otro que el del profeta Jonás.

Pues a la manera que Jonás fué una señal para los ninivitas, así el Hijo del Hombre lo será para los de esta nación infiel e incrédula.

La reina del mediodía se levantará en el juicio contra los hombres de esta nación y los condenará; por cuanto ella vino del cabo del mundo a escuchar la sabiduría de Salomón y veis aquí a uno que es superior a Salomón.

Los habitantes de Nínive comparecerán también en el día del juicio contra esta nación y la condenarán: por cuanto ellos hicieron penitencia ante la predicación de Jonás y veis aquí a uno cuyas palabras se desprecian y que es superior a Jonás». (Mt. XIII, 39 s.).

Entonces, comenzó a reconvenir a las ciudades en donde se habían hecho muchísimos de sus milagros.

¡Ay de ti, Corozaim! ¡Ay de ti, Betsaida!, que si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han obrado en vosotras, tiempo ha que habrían hecho penitencia, cubiertos de ceniza y de cilicios.

Por tanto os digo que Tiro y Sidón serán menos rigurosamente tratadas en el juicio que vosotras.

Y tú, Cafarnaún, ¿piensas acaso levantarte hasta el cielo?

Serás abatida hasta el infierno; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que en ti, quizás subsistiera aún el día de hoy.

Por eso te digo que el país de Sodoma será castigado en el juicio con menor rigor que tú». (Mt. XI, 20 s.).

En otros casos testifica expresamente al realizar sus prodigios que los hace para que crean en El:

En la resurrección de Lázaro, dice abiertamente, al recibir el mensaje de las hermanas: «Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, a fin de que por ella sea glorificado su Hijo».

Después, añade: «Lázaro ha muerto, y me alegro de no haber estado allí por vosotros, para que creáis».

Y llegado el momento del gran milagro, dice en su oración al Padre: «Padre; gracias te doy, porque me has oído. Yo sabía que siempre me oyes, pero lo he dicho por la muchedumbre que me rodea, a fin de que crean que Tú me en- viaste». (Jn. XI, 38-46.)

El paralítico de Cafarnaún.

He aquí el caso como nos lo cuenta el evangelista:

«Pasado algún tiempo, volvió a su ciudad de Cafarnaún y aconteció que cierto día estaba El sentado enseñando.

Corrió la voz de que estaba en casa; y se aglomeraron muchos, de suerte que ya no se cabía ni siquiera junto a la puerta; y les hablaba.

Estaban allí, sentados, fariseos y doctores de la ley que habían venido de todas las aldeas de Galilea y de Judea y de Jerusalén. Y el Señor tenía poder para sanar.

De pronto llegaron cuatro hombres que llevaban en una camilla un hombre paralítico y buscaban cómo introducirlo y ponerlo en presencia de Jesús; y no hallando, a causa de la muchedumbre, por dónde meterlo, subiendo encima de la azotea, la destecharon, quitando algunas tejas por encima de donde estaba Jesús; y por la abertura practicada descolgaron la camilla en que yacía el paralítico y le pusieron en medio, delante de El.

Viendo Jesús la fe de aquellos hombres, dijo al paralítico:

Buen ánimo, hijo; perdonados te son tus pecados...

Y comenzaron a pensar dentro de sus corazones los escribas y fariseos, diciendo: ¿Quién es ése que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?

Penetrando Jesús con su espíritu los pensamientos de ellos, les dijo:

¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?

¿Qué es más fácil: decir al paralítico: perdonados te son tus pecados, o decir: levántate, toma tu camilla y anda? Mas, para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene en la tierra potestad para perdonar los pecados...; dijo al paralítico: A ti te lo digo: levántate, toma tu camilla y marcha a tu casa...

Al instante, levantándose a la vista de ellos, tomó la camilla en que yacía y se fué a su casa, glorificando a Dios.

Y se apoderó de todos el asombro, y glorificaban a Dios que tal potestad diera a los hombres.

Y llenos de temor, decían: Hemos visto hoy cosas maravillosas. Nunca tal habíamos presenciado». (Mt. IX, 1-8; Mc. II, 1-12; Lc. V, 17-26).

La mano paralizada.

Otro caso parecido:

«Habiendo partido de allí a otro lugar. sucedió que en otro sábado

entró de nuevo en la sinagoga de ellos y enseñaba. Precisamente había allí un hombre cuya mano derecha estaba rígida. Observábanle los escribas y fariseos por ver si le curaba en sábado, con el fin de hallar algo de que acusarle.

Le preguntaron: ¿Es lícito curar en sábado?

El, que entendía sus pensamientos, dijo al hombre que tenía la mano paralizada: Levántate y ponte de pie en medio.

El se puso de pie. Díceles Jesús:

Os pregunto yo a vosotros: ¿Es lícito en sábado hacer bien o mal? ¿Salvar la vida o matar? Ellos callaban.

¿Qué hombre habrá de vosotros, prosiguió Jesús, que teniendo una sola oveja, si ésta cae en día de sábado en una hoya, no la coge y la saca?; pues, ¡cuánto vale más un hombre que una oveja!

Así que es permitido en sábado hacer bien...

Y echando una mirada sobre todos ellos, con enojo y contristado por la ceguedad de su corazón, dijo al hombre:

Extiende tu mano...

El la extendió y fué restablecida de nuevo su mano sana como la otra». (Mt. XII, 9-13; Mc. III, 1-5; Lc. VI, 6-10).

DESIGNIO CONSEGUIDO

Es claro, pues.

Cristo realizó varios, al menos, de sus milagros, con el fin de probar a los judíos su misión sobrenatural y legación divina. ¿Lo consiguió? Sí, ciertamente, y nada más claro en el Evangelio. El nos refleja, repetidas veces, el hondo y maravilloso efecto que producían sus prodigios en los que tuvieron la dicha de presenciarlos.

Ya del primero de todos, la conversión del agua en vino en las bodas de Caná de Galilea, nos dice San Juan que «sus discípulos creyeron en Él», esto es, afirmaron y aumentaron su fe en el divino taumaturgo.

En presencia de la revelación de lo que, tal vez, había estado pensando Andrés a sus solas a la sombra de la higuera, se llena éste de asombro, y exclama: «¡Oh, Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel!», o Mesías... San Pedro queda aterrorizado en la pesca milagrosa como en presencia de la divinidad, y prorrumpe en esta exclamación

de anonadamiento: «Apartaos de mí, Señor, que soy un hombre pecador», y cuando le ven caminar sobre las aguas, se le acercan los discípulos sobrecogidos de asombro, y adorándole, le dicen: «Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios».

No menos explícitas se muestran las turbas.

Unos exclaman: «Cuando venga el Mesías, ¿podrá hacer más milagros que éste?», y otros, más ordinariamente, prorrumpen en voces y realizan actos que muestran su entusiasmo y convencimiento. Después de la resurrección del hijo de la viuda de Naím, quedaron todos penetrados de temor y glorificaban a Dios, diciendo: «Un gran Profeta ha aparecido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo». Y en la multiplicación de los panes: «Este es, sin duda, el gran Profeta que ha de venir al mundo», y quieren proclamarle rey, esto es, entronizarle definitivamente como Mesías y lanzarse con El a la conquista de los sueños de gloria profetizados.

LA EMBAJADA DE JUAN

Terminemos con el pasaje indicado.

Nos refieren San Lucas (VII, 18) y San Mateo (IX, 2), que estando el Precursor en la prisión envió un día dos de sus discípulos a preguntar a Jesús si era El el que había de venir o esperaban a otro.

El Salvador les dió por respuesta: «Id y contad a Juan lo que habéis visto: los ciegos, ven; los cojos, andan; los sordos, oyen; los leprosos, son curados...». El Maestro se refería con estas palabras a un texto de Isaías, en que se anunciaba una de las características más visibles del Mesías: su poder taumatúrgico extraordinario.

El pueblo de Israel, acostumbrado a los prodigios de Egipto, del Sinaí, del mar Rojo y a través de todo el decurso de su historia, no podía concebir ninguna manifestación divi-

na ni la autenticidad de sus profetas y legados, de otra manera más eficiente que por medio del milagro.

El milagro era para el israelita una prerrogativa indispensable de todo lo divino... «Los griegos buscan la sabiduría, dijo San Pablo; los judíos, milagros».

El Mesías debía presentarse según todas las auténticas esperanzas de Israel, con esplendores inusitados taumatúrgicos que habían de superar en mucho todo lo conocido hasta entonces, incluso los del gran caudillo Moisés... Los milagros serían sus más fehacientes y espléndidas credenciales.

Nada más razonable, por otra parte.

Los milagros son, en realidad, una obra divina: algo que supera abiertamente en sí, o en el modo de ser realizado, las fuerzas naturales. Son el sello exclusivo, el marchamo de Dios. Nadie que no sea *El*, o con virtud de *El* recibida, puede realizarlo, y «Dios, es cierto, que no oye a los pecadores», según la frase del ciego de nacimiento.

El milagro verdadero es, por tanto, la más grande recomendación del taumaturgo: más aún; hecho en confirmación de una doctrina o en recomendación de una persona, demuestra palmariamente que ella no puede ser falsa ni mala; de otra suerte daría Dios su testimonio y sello para confirmar la mentira o la maldad.

En definitiva:

Cristo, al recurrir, para probar su mesianidad, a los milagros, tenía motivos suficientísimos para hacerlo, y esgrimía, con ello, al mismo tiempo, un argumento irrefutable para todo hombre y especialmente para sus compatriotas del pueblo de Israel.

LA INCRECULICIA Y LOS MILAGROS EVANGELICOS

SUMARIO: Racionalistas y neocriticos.-El engaño de los Apóstoles.- Leyendas de la Iglesia primitiva.- La sugestión y la «fe que sana».- El milagro ¿es imposible?

Ya hace más de medio siglo que cierto renombrado racionalista expresó su esperanza de que los milagros, especialmente los evangélicos, serían pronto trasladados del campo de los hechos reales al del arte, pasando así, para siempre, de las páginas de la Historia a las vidrieras de las catedrales...

He aquí ruda, pero gráficamente expuesto, el sentir de los racionalistas sobre los milagros de Jesucristo. No es extraño. Hombres incrédulos y negadores sistemáticos de todo lo sobrenatural, es evidente que habían de negar lo que constituye su manifestación suprema, el milagro.

Estos son para ellos plenamente inadmisibles. Podrán persistir en el mundo como objeto de poesía y de arte, como materia de goce estético, pero carecen en absoluto de derecho y eficacia para ser creídos por la humanidad ilustrada, seriamente.

Varias son las hipótesis formuladas por los heterodoxos para desvirtuar los milagros del Evangelio: la de la imposición y el fraude; la de la buena fe sorprendida de los Apóstoles; la de las leyendas inventadas por la Iglesia primitiva; la de la sugestión, y la llamada «fe que sana».